

Sigmund Freud

(1856-1939)

ROBERTO BRAVO

“Las doctrinas del psicoanálisis se basan en un número inmensamente grande de observaciones y experiencias, y sólo quien ha repetido estas observaciones consigo mismo y con los demás ha emprendido el camino hacia un juicio propio.” Palabras enigmáticas dictadas por Freud para que los múltiples enemigos de sus teorías no tuvieran más asideros para desacreditarlas. Médico austriaco controvertido en su época y en la actualidad, y que sin embargo contribuyó de manera definitiva al estudio de la histeria que atribuyó a los recuerdos de abusos sexuales reprimidos acontecidos en la más tierna infancia, se eligió a sí mismo como sujeto de experimentación, y descubrió también el complejo de Edipo.

Wystan Hugh Auden (1907-1973) intelectual polivalente, considerado como uno de los poetas británicos más importantes del siglo xx confesó en el terreno de las asociaciones psicoanalíticas, al hablar de sus fantasías simbólicas (El prolífico y el devorador, Edhasa, Barcelona, 1996, P32.) que de los cuatro a los trece años experimentó una serie de apasionados enamoramientos por las imágenes de turbinas de agua, bobinas eléc-

tricas, prensas giratorias, etc. Que le resultaban especialmente atractivas, y nunca se sintió más feliz que cuando se encontraba bajo tierra. Además de su hermosa elegía a Yeats y a Ernst Toller, Auden escribió un poema fúnebre donde trata de explicarse, agradecido, ese método usado por Freud, quien luchó, nos dice - hasta la vejez- por mejorar el mundo real que habitamos.

EN MEMORIA DE SIGMUND FREUD

POR W.H. AUDEN

(Traducción de Marcela Orraca y Roberto Bravo)

Cuando hay tantos a quienes deberemos llorar,
y la pena se ha hecho tan pública, y ha sido expuesta
a la crítica de una época
la fragilidad de nuestra conciencia y angustia,

¿de quién debemos hablar? Cada día mueren
entre nosotros, quienes hacían el bien,
con la certeza de que no era suficiente, y
esperaban mejorar viviendo.

Así fue este médico: a los ochenta todavía quería
pensar en nuestro devenir, cuya incertidumbre

tantos jóvenes
con amenazas y ruegos quieren someter.

Su deseo le fue negado; cerró sus ojos
frente a una imagen última usual
de problemas con familiares reunidos
confundidos y celosos de nuestra muerte.
Pues hasta el final estuvieron
quienes él había estudiado, esa fauna de la noche,
sombras que todavía esperaban
el aura de su reconocimiento

y que voltearon a otro lado desilusionados
mientras él fue despojado de su empeño
y reintegrado a la tierra en Londres,
un judío notable que murió en el exilio.

Sólo el Odio fue feliz, contento de aumentar
su práctica; su sórdida clientela
que piensa curarse matando
y cubriendo los jardines con cenizas.

Siguen vivos, pero él cambió al mundo
mirando hacia atrás sin falso arrepentimiento;
solamente recordó
como un viejo y fue honesto como un niño.

No fue listo: simplemente
dijo al doloroso Presente que recitara al Pasado
como una lección de poesía hasta que tarde
o temprano vacilara en la línea donde

hace tiempo las acusaciones comenzaron,
y repentinamente comprendiera por quién había sido
[juzgado,
la riqueza de su existencia y qué tonto había sido,
y fue perdonado de por vida y fue también más humilde,

capaz de acercarse al futuro como a un amigo
sin arroparse de excusas, ni
con la máscara del justo, o con
exceso de familiaridad.

No es de extrañar que vanidosas culturas antiguas
en su técnica de inestabilidad previeran
la caída del príncipe, el colapso
de sus lucrativos patrones de frustración:

Si él tenía éxito, la Vida
Se volvía imposible, se rompía
el monolito del Estado y se prevendría
la co-operación de los vengadores.



Iris Aldegani

Por supuesto que rezaron, pero él siguió camino
abajo entre personas perdidas como Dante, abajo
hacia el foso maloliente donde el herido
lleva la desagradable vida del rechazado,

y nos enseñó que el mal no son los consabidos
actos que deben de ser castigados, sino falta de fe,
el fraude de negarnos a
la concupiscencia opresora.

Sí tenía una actitud autocrática,
dureza paternal de la que desconfiaba,
se aferraba a ese rasgo expresivo,
como a un maquillaje

para alguien que vivió entre enemigos tanto tiempo:
a menudo se equivocó y, a veces, absurdamente,
para nosotros no es sólo una persona
sino todo un punto de vista

bajo el que conducimos nuestras vidas:
a veces ayuda y otras estorba,
el orgulloso puede aún ser orgulloso, pero lo encuentra
un poco más difícil, y el tirano intenta

enfrentarlo pero no le hace caso:
cerca calladamente nuestros hábitos
y alcanza a los cansados hasta
el pueblo más alejado y miserable

una vez sentido el cambio en sus huesos, se animan,
hasta que el desafortunado niño en un pequeño Estado,
donde piedad y libertad son excluidos,
una colmena cuya miel es el miedo y la preocupación,

se calma, siente el escape asegurado;
mientras, abandonadas en la hierba, dejamos

cosas olvidadas
él las descubre con su luz infatigable

y nos son devueltas para ser apreciadas;
juegos a los que por la edad renunciamos
pequeños ruidos de los que no nos atrevíamos a reír,
muecas de cuando no miraba nadie.

Pero él desea para nosotros más que esto. Ser libre
es a menudo ser solitario. Él uniría
los fragmentos rotos
por nuestro bien intencionado sentido de justicia,

devolvería a los grandes la agudeza y voluntad
que los pequeños tienen y sólo usan
en cuestiones sin importancia, regresaría al hijo
la riqueza de sentimientos de la madre:

y nos recordaría sobre todo
ser entusiastas en la noche,
no sólo por la sensación de asombro
que ella ofrece, sino también

porque necesita nuestro amor. Con grandes ojos tristes
sus criaturas nos ruegan
que les pidamos que nos sigan:
son exiliados que anhelan un futuro

que está en nuestro poder, celebrarían también
iluminarnos, como él,
incluso soportarían que les gritemos "Judas",
como dijeron a él y a todo el que ayuda.

Una voz racional calla. Sobre su tumba
el origen del Impulso llora por su amado:
triste está Eros, constructor de ciudades,
y se lamenta la anárquica Afrodita. ■